

GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 ptas.

Advertencia importante

Habiendo cesado en la Administración de GENTE VIEJA D. Antonio Noguera, que venía desempeñándola desde la fundación de esta revista, se previene á los señores suscritores y corresponsales, que desde esta fecha todos los giros y recibos irán autorizados con la firma de D. Álvaro Valero Martín, gerente de esta empresa.

D. Leandro Tomás Pastor

Escalofría el alma á los caducos redactores de GENTE VIEJA, pensar en el gran número de compañeros queridos que en plazo breve han abandonado esta vida, en la que tanto batallaron y brillaron, sepultándose en las extensas llanuras de lo desconocido. Desde la muerte del inolvidable D. Víctor Balaguer, maestro del bien decir, hasta la que hace pocos días ha borrado del mundo á D. Leandro Tomás Pastor, poeta tiernísimo, pasan de veinte los redactores de este periódico que han satisfecho la deuda de vida que todos adquirimos al nacer.

Don Leandro Tomás Pastor fué un poeta de grandes alientos, un autor de méritos excepcionales, un hombre honrado y un amigo cariñoso y leal. Toda la generación pasada se deleitó con el hermosísimo drama de Pastor, *Pizarro*, que dió á su autor universal renombre y justísima fama de autor dramático.

Hoy, de toda la nueva, seguramente le conocerían muy pocos. Es triste condición de la vida que todo pase y se olvide todo. Por eso ha muerto D. Leandro Tomás Pastor, solo, olvidado, casi en silencio. Los viejos de mañana no lloran con los viejos de hoy, que recuerdan entristecidos á D. Leandro presidiendo la mesa del café Suizo, donde nos reunimos para reír, recordando épocas que pasaron felices, ó para llorar unidos, cuando nos hiere la memoria el recuerdo de personas que fueron.

Los jóvenes, los nuevos luchadores de la vida, quieren echarnos, sepultarnos en el olvido para siempre; y contemplando su actitud se me ocurre decirles:

—Tranquilizaos. No os impacientéis; la victoria es vuestra, porque el tiempo, un gran gigante que con poder invencible nos empuja al sepulcro, secunda vuestros proyectos y satisface vuestro afán, pero no olvidaros de que ese mismo gigante, ese mismo tiempo, con esfuerzo de coloso, os precipitará mañana hacia el sepulcro...

JUAN VALERO DE TORNOS

Tarjetas postales

PAISAJE

¿Dónde firmaré, Dios mío?
¿En el cielo? ¿En la pradera?
¿En el bosque? ¿En la ribera?...
En la corriente del río.

MARINA

Mar y cielo, al contemplar,
verás la dicha ó el duelo
de todo el que sabe amar:
cuando el amor no es un cielo,
hierve en olas, como el mar.

JUAN JOSÉ HERRANZ

UN RATO A PERROS

¡Tití! ¡Celina! ¡Diana! ¡Sultán!

¡Galguitos ingleses, podencos, pachones, de presa, de Terranova, y cuantas especies de canes pasean por Madrid!

SALUD Y LAZO

Aunque la Sociedad Protectora me exco- mulgue, debo confesar que no me enternezco al ver por las mañanas cazar amigos del hombre por esas calles; perversidad de corazón que no me impide indignarme cuando sé que han muerto algunos desgraciados niños, víctimas de la hidrofobia.

Y no se crea por esto que desconozco los importantes servicios de la raza canina en los grandes centros de población. Infestar las casas con las repugnantes emanaciones de su piel, obstruir el paso en las aceras, convertir en recipientes urinarios las cortinas y alfombras de las casas donde sus dueños los llevan de visita, desesperar á las criadas y porteros con las libertades que se toman en pasillos y escaleras, y lamer ¡dar besitos, que dicen ellas! las caritas de sus amitas, todas esas ventajas y alguna otra, que no es para referida, proporciona la familia perruna, amén de las mordeduras mortales que de cuando en cuando dan al hombre para comprobar las poéticas leyendas que corren por ahí acerca de su buena vida y costumbres.

A todos los que se dedican á horrorizarse ante las medidas que se toman contra estos animalitos inofensivos que muerden al hombre, y no tienen una palabra de compasión para las desgracias de sus prójimos, como á todas las señoritas sensibles que sufren ataques de nervios al ver que un transeunte pisa la cola á su adorado perrito, rival de su amante, yo los llevaría á la sala de un hospital donde agonizase un hombre hidrófobo; y allí, ante el espec-

táculo aquél, más terrible que cuantos imaginarse puedan, yo les preguntaría si el sacrificio de todos los individuos de la raza canina, dedicados únicamente al placer y pasatiempo de sus dueños, significa nada ante la muerte del desgraciado, que tal vez deje mujer é hijos que al día siguiente necesiten para alimentarse lo que algunos perros desprecian.

JOSÉ NAKENS

MARINERA

Sobre una peña escueta que el mar, bramando azota, vertiendo amargo llanto se agita una mujer; su larga cabellera revuelta al aire flota, y el llanto de sus ojos, que cae gota tras gota, pretende los caudales del mar engrandecer.

La barca de sus hijos corriendo va perdida; al golpe de la racha no puede resistir; la empuja hacia la costa la mar embravecida, y ve su luz la madre, la ve de horror transida, que allí llegan sus hijos, y llegan á morir.

Inútil es que gima con hondo desconsuelo, inútil que golpee con rabia al corazón, inútil que ferviente plegaria eleve al cielo: de nubes aplomadas se extiende un denso velo cerrando los caminos que sigue la oración.

La luz sube hasta el cielo, el cielo al mar la lanza, la niebla se la sorbe, no vuelve á aparecer; la madre atiende y mira movida de esperanza, inútil es que mire, la luz á ver no alcanza, y rujen mar y cielo y gime la mujer.

Las dos inmensidades, que luchan á porfía, también cual si un momento prestasen atención, se aquietan y suspenden su hermosa sinfonía, y rasga las tinieblas un grito de agonía, que eriza los cabellos y encoge el corazón.

.....

La madre que gemía con hondo desconsuelo, al cielo, loca envía terrible maldición. Inútil que maldiga, su voz no llega al cielo: de nubes aplomadas se extiende un denso velo; las mismas que cerraron el paso á la oración.

J. HERNÁNDEZ RICO

PERSONALIDADES LITERARIAS

MELCHOR DE PALAU

Entre los libros últimamente publicados merece especialísima mención uno titulado *Versos para Escuelas*, original del conocido poeta don Melchor de Palau, que no es sólo el inspirado autor de los *Cantares*, que tanta popularidad le han dado en España, sino el escritor ilustre que con sus *Verdades Poéticas* se ha colocado, por derecho propio, en la primera fila del Parnaso español.

Marchando con su tiempo, Palau no es úni-

camente un poeta de exquisita forma, sino que sus versos tienen toda la médula, todo el *filete*, que decía Ixart, que han menester las poesías en la época moderna.

Los artistas que hacen en verso lo que podría llamarse la filigrana de la palabra humana, con primores de forma, merecen con justicia gran reputación y popular aplauso; pero los que, además de esta cualidad, hacen pensar y tratan cuestiones importantes, los que, á la manera de Víctor Hugo y Campoamor, cautivan á un mismo tiempo la imaginación y el entendimiento, esos perduran en el tiempo, y como éste no perdona lo que se hace sin él, llegan, después de muchos años de trabajo y de grande y copioso bagaje literario, á la consideración y al respeto que Melchor de Palau ha sabido inspirar á la intelectualidad contemporánea, á los que no entienden, como dice un distinguido escritor, que el fuego de la inspiración debe ser sólo fuego de virtudes.

Palau, como se ha dicho muy oportunamente, ha sabido forjar el hierro sobre un yunque de flores.

Y es que cuando el alma del poeta tiene condiciones de sentir y de vibrar y está requerida por sentimiento hondos, en su propio dolor se fortalece y perfecciona y llega á refinamientos psíquicos verdaderamente extraordinarios.

Melchor de Palau ha pasado por el crisol del mayor dolor que puede afligir al hombre: ha perdido á una hija, ángel de bondad y de belleza, cuando esta criatura había llegado á la edad de la mujer que tiene todos los elementos necesarios para la felicidad.

Esta pena ha determinado una dirección en el espíritu del poeta y del pensador, que le ha hecho ocuparse del bien por el bien mismo, y ya muchos periódicos catalanes y el *Diario Universal*, de Madrid, han hablado de las fundaciones que en Mataró, su pueblo natal, viene haciendo el ilustre escritor, en colaboración con otras personas, aprovechando la caridad de todos, y muy especialmente ayudado por el doctor D. José Valdé, cuyos conocimientos pedagógicos son universalmente apreciados.

Las obreras, principalmente en Cataluña, y también sucede mucho de esto en Asturias y en otros puntos, en fuerza de ser industriales y trabajadoras, dejan de estar preparadas para el primer fin de la mujer, para ser madres de familia, teniendo como principal puesto el que la Naturaleza les ha dado en el hogar.

Al generoso impulso del poeta de los *Cantares* se debe que en Mataró, en la escuela nocturna, dirigida por religiosas franciscanas, se den lecciones de toda clase de labores, desde las más sencillas á las más delicadas: corte de vestidos, cocina, forma de envolver á los niños, planchado y otras ocupaciones, que la obrera desconoce casi por completo.

Preocupado del porvenir de la infancia y aprovechando los elementos de simpatía con que cuenta, se propone también fundar una escuela-taller para niños, que sea una especie de bachillerato de oficios, donde se aprecie la vocación de cada uno con objeto de enseñarle aquél para que sea más aficionado y apto.

Cuandose estudia la personalidad de un escritor de los vuelos de Melchor de Palau, hay que investigar el estado de su espíritu, y las iniciativas de sociólogo y de amante de la humanidad de que el Sr. Palau da pruebas, su bondad de corazón y su pena reciente explican la ternura

de sus versos, que alterna con la robustez de su pensamiento.

El trabajo de Melchor de Palau resulta la manifestación de su personalidad, y en él se descubre al ingeniero y catedrático de la Escuela de Caminos, al poeta tiernísimo y al hombre de gran corazón.

La finalidad de su último libro *Versos para Escuelas* puede apreciarse por la nota que el autor estampa en su obra, y que dice así:

«NOTA FINAL.—La forma más halagüeña del aplauso es para mí oír recitar por los niños ó niñas mis poesías, aprendidas en la escuela. Agradecido á los Ayuntamientos y á los colegios que las han destinado á premios ó á enseñanza, he reunido lo más á propósito en un tomo, añadiendo algunas inéditas ó poco conocidas. No es mi afán el lucro, como se vencerá quien directamente á mí acuda.»

En las escuelas se hace recitar á los niños fábulas que, aunque de mérito algunas, les imbuyen desde pequeños ideas equivocadas, haciéndoles suponer, entre otras cosas, que hablan los animales; el libro de Palau tiene cantares como éstos:

En la gloria de los cielos
cuán distinto será todo;
hasta para ver los astros
habrá que bajar los ojos.

Así, á las puertas del cielo,
dos almas piden entrada.
—Yo he llorado mucho, mucho.
—Yo he secado muchas lágrimas.

Este solo libro bastaría para darle la reputación que tiene.

JUAN VALERO DE TORNOS

ANTE UNAS RUINAS

De tí nadie se acuerda, castillo abandonado que fuiste la morada de algún señor feudal, tus pardos murallones el tiempo ha desplomado, y al caer tus almenas en polvo se han trocado que arrastra por los suelos el rudo vendaval.

Tan solo han resistido tus sólidos cimientos formados con la roca más dura del peñón, en ellos se estrellaron las lluvias y los vientos, como las crespas ondas de mares turbulentos se estrellan en la playa deshechas en montón.

La yedra trepadora que asciende por los muros, en las profundas grietas implanta su raíz, y sus vástagos quedan sujetos y seguros mientras tiende sus hojas por los cementos duros, semejando con ellos pedazos de un tapiz.

No se ostenta en el pórtico de la anchurosa entrada el señorial escudo de heráldico blasón, borrosos sus cuarteles, no acierta la mirada á descifrar en ellos el casco y la celada con largos lambrequines sirviendo de festón.

La estancia primorosa cuajada de molduras que fuera en otro tiempo la cámara nupcial, deshecha su techumbre, truncadas sus junturas, es hoy nocturno asilo, donde duermen seguras la tímida corneja y el águila condal.

Ya está casi deshecha la gótica ventana que fué rico modelo de escultural primor, donde asomaba á veces la hermosa castellana para tender la vista por la extensión lejana, mientras abría el surco, cantando el labrador.

Allí hacen hoy sus nidos las pardas golondrinas debajo del alero que sirve de dosel, y cuando el sol poniente levanta las neblinas, las pobres moradoras de las vetustas ruinas para dormir en ellos acuden en tropel.

Desde allí contemplaba el señor del castillo la obediente mesnada campando alrededor,

y como era en sus tierras señor de horca y cuchillo, lo mismo el mesnadero que el labrador sencillo rendíanle homenaje, causándoles pavor.

¿Qué fué de tus señores, castillo solitario?
¿Qué fué de su grandeza? De su poder ¿qué fué?
El manto del olvido cayó como un sudario
borrando su memoria, y ya ni en el osario
guardando sus cenizas, la santa cruz se ve.

Rodaron por el polvo sus timbres y blasones,
de su preclara historia nadie se acuerda ya,
cayeron en la fosa los nobles infanzones,
cayeron del castillo los recios torreones
y solo quedan ruinas, que el tiempo arrasará.

¡Oh tiempo inexorable! que todo lo atropellas
con el poder inmenso que el Creador te dió,
por todas partes veo de tus estragos huellas,
solo Dios, cuyo trono lo forman las estrellas,
puede parar tu curso, nuestra impotencia, no.

SANTIAGO IGLESIAS.

Mi amigo Dick

(Página rigurosamente verídica.)

Era cachorro y casi salvaje cuando lo compré en la Habana, á bordo de un bergantín americano que procedía de Terranova. Le dispuse alojamiento en la cañonera que mandaba yo, y pronto estrechamos relaciones. Durante el viaje desde aquel puerto al de Manzanillo me dió el primero y único disgusto; retozando en cubierta se cayó al mar; cien veces lo creí ahogado, porque las olas lo cubrían y el bote tardó mucho en recogerlo.—¡Pobre Dick! ¡el agua que habrás bebido!—pensaba yo—mientras él, saltando á bordo como una ardilla, se apoderaba de un mendrugo de pan.

No tardó en civilizarse. Todas las mañanas le ponían entre los dientes la cesta de la compra, la llevaba al mercado, esperaba que la llenaran de víveres y se los traía intactos al cocinero. Pero una vez que se distrajo, le birlaron la cesta.—*No importa*—debió decirse—*¡otras hay!*—Y cogiendo con la boca la mejor surtida, corrió hacia el muelle, saltó al buque, y, ufano, hizo entrega de su cargamento. Luego fué á reclamamarlo su dueño legítimo, pero jurara que Dick apenas se dió cuenta de este incidente.

Cuando yo iba á tierra para visitar á mis amigos, tenía la seguridad de hallarlo en una ú otra casa. Su sistema era colarse en cuantas conocía, recorrerlas sin ceremonia de cabo á rabo, buscándome, y al fin daba conmigo... ¡qué transportes de alegría!

En el hermoso y desierto río Cauto nadie podía bañarse sin que Dick se echara al agua y *velis nolis* lo sacara á la orilla. El me traía á la mano todas las aves que tumbaba mi escopeta, y con intrepidez perseguía nadando á los caimanes; pero en cierta ocasión que no anduve listo para romperle la cabeza de un balazo á uno de aquellos reptiles, Dick se vió cogido por sus terribles mandíbulas, y, aunque maté al caimán, mi valiente amigo sacó una oreja y el labio desgarrados. Desde entonces hizo renuncia á toda persecución, y apenas llegaba á su olfato el olor de almizcle se zampaba en la sentina.

Me debió la vida, sin duda; pero tardó poco en pagarme su deuda, y no te parezca, lector, inverosímil, pues se trata de un animal.

Cierto día encontré en las calles de Manzanillo á un guajiro acompañado de un perro canela, grande y fuerte; al distinguirme el can se

enfurece y se lanza sobre mí, pero antes de que hubiera logrado tocarme, Dick se interpuso y trabó con él una lucha *titánica*; recibió los mordiscos que me estaban destinados y los devolvió con creces. Pronto ví al perro jibaro panza arriba y al de Terranova dominándolo vencedor... Por fin los separamos, y ¿qué creéis que hizo aquel rufián? Lanzarse de nuevo contra mi persona y desgarrarme una manga y algo más sensible...; pero entonces ¡divino Jove! hubiérais visto á mi fiel compañero trocarse en un león de seis cabezas ó siete, arrollar á su contrario y casi despedazarle en pocos minutos. En vano el guajiro y yo intervinimos como grandes potencias en aquel conflicto perruno. Dick no se satisfizo hasta que el canelo dejó de moverse.

...Nos alejamos, dirigiéndonos al Casino del pueblo: allí le curé y le hice servir dos Chateaubriants y varias panetelas, mientras contemplaba yo enternecido sus heridas, diciéndome:

—¡Dios santo! ¡lo que me hubieran hecho sufrir todas esas mordeduras...!

.....
Cuando regresé á España, Dick me acompañó. En la amplia casa de mis padres fué recibido con el agasajo que merecía. Allí salió á su encuentro la hermosa *Diana*, gran cazadora de conejos y perdices, que había parido veinte veces; pero Dick no reparaba en pelillos y á su lado pasó ni envidiado ni envidioso el resto de la existencia.

Han transcurrido treinta años. En tan largo período tuve muchos amigos y camaradas, buenos, amables, útiles, catonianos, pero... (¡fenómeno incomprensible!) cuando pienso en la abnegación y el desinterés, sólo un nombre acude á mi memoria.

¡El del amigo Dick!

PEDRO DE NOVO Y COLSON

30 Setiembre.

LA ABEJA

Nuncio que Apolo á su elegido envía,
imagen dulce de elocuente idea
que rosas y claveles señorea
y bullidora al aura se confía:

Te admiro, abeja, más la mente mía
No ya el panal del Atica desea,
sino la miel de ámbar de Heraclea
que al libador incauto enloquecía.

Decretos hay del hado empedernido,
que para obedecer el juicio sobra
y en campo más feliz reina el sentido;

deja la rosa y el clavel un tanto,
y el aguijón, á coronar tu obra
clava en mi pecho y libarás mi llanto.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA

UNA AVENTURA AMOROSA

Entre los habituales concurrentes á las reuniones de la duquesa de Cipri, figuraba la condesa Clara, jóven y hermosa, morena, nacida bajo el cálido sol del Mediodía.

La condesa Clara inspiraba una gran simpatía á cuantas personas la trataban; era el encanto de los salones por su carácter alegre y angelical; poseía la música y cantaba como podría hacerlo Adelina Patti; viuda á los veinticinco años é inmensamente rica, no pensaba más que en divertirse, sin embargo de lo cual nadie se hubiera atrevido á poner en duda su acriso-

lada virtud. La condesa asistía algunas noches á la Ópera al palco de la duquesa de Cipri, y allí conoció al jóven barón de la Rosa, que hacia pocos días había sido presentado á la duquesa por un amigo de la casa.

La condesa acogió, al joven barón con gran complacencia y sintió por él desde el primer momento una viva simpatía. El barón de la Rosa era gran entusiasta de la música, por lo tanto, la conversación versó sobre este divino arte, y al poco tiempo eran ambos los mejores amigos del mundo.

La condesa Clara veía todos los viernes al Barón en casa de la duquesa de Cipri, y al cabo de seis meses estaba completamente enamorada de él.

Este llegaba siempre tarde á la reunión, y nunca dijo á la condesa ninguna palabra de amor; pero ella cada día se enloquecía más por él.

Pasó algún tiempo, y una noche de gran recepción en casa de la duquesa de Cipri, la condesa, que asistía como de costumbre, llevaba un lindo vestido de baile que hacía resaltar su belleza, y cubriendo su negra cabellera hermosa diadema de gruesos brillantes.

El Barón estuvo aquella noche más obsequioso que nunca; la invitó á bailar un vals, que ella aceptó llena de contento abandonándose en sus brazos. Cuando terminó el vals, el barón de la Rosa había comprendido que era amado por aquella encantadora mujer; él, que era un aventurero de oficio, aprovechó esta ocasión para hacer su declaración de amor.

Era el barón de la Rosa un joven de veintiséis años, alto, robusto, bien formado, de grandes ojos negros, con la piel un poco tostada y la mirada audaz; había nacido en Santiago de Cuba de una gran familia cubana; estaba educado en París, y en la actualidad era huérfano de padre; vivía siempre viajando y tenía entrada en las mejores casas de cuantas capitales visitaba, gracias á su nombre y á su distinguida educación. Era un vividor de cuerpo entero y un verdadero hombre de salón; más de una hermosa señora había sentido por él la misma pasión que había inspirado á la condesa Clara; vivía á lo príncipe, y todo el mundo le creía rico.

Cuando los rayos del rey astro entraron por el balcón del dormitorio de la condesa Clara, ésta no había podido aún conciliar el sueño; la noche pasada al lado del joven Barón, la había acabado de enloquecer; las palabras de amor, oídas al compás de los valeses, habían tenido para ella un encanto que no podía olvidar; jamás había sentido palpitar su corazón con tanta violencia. Su madre la casó siendo una niña con un tío suyo, y nunca había sentido por él el amor de esposa; lo quería y respetaba con amor filial, no con el cariño de mujer amante; así es, que cuando murió su marido á los siete años de matrimonio, lo lloró; pero se consoló muy pronto buscando en los salones placeres sin cuento. Seguramente había tenido la condesa muchos adoradores, pero nunca había sentido la necesidad de amar; ahora parecía que la naturaleza se revelaba en ella con más fuerza, y la empujaba, á pesar suyo, hacia aquel hombre.

El Barón recibía algunas veces billetes perfumados, que la condesa le mandaba en contestación á los que de él recibía, pero siempre negándole una entrevista que á solas le pedía.

Una noche se encontraba la condesa en su palco de la Ópera, cuando se presentó en él el barón de la Rosa para saludarla y volverle á suplicar que le concediera la entrevista que tanto deseaba; la condesa, después de titubear mucho, y poniéndose de color de púrpura, accedió al fin, y convinieron que á las dos de la mañana lo recibiría, cuando todos los criados estuvieran recogidos; y en efecto, aquella noche se retiró la condesa más temprano que de ordinario, y mandó acostar á toda la servidumbre, quedándose completamente sola; el portero era el único vigilante, que tenía que abrir la verja del hotel.

A la hora prefijada llegó el Barón, y fué introducido en un elegante gabinete por la misma dueña de la casa, que con mano temblorosa abrió la puerta.

Entró el joven, y haciendo una gran reverencia, dijo: «Señora, gracias de todo corazón, por haberme

concedido la alta honra de recibirme á esta hora y sin testigos».

La condesa, deliciosamente conmovida, hizo un ligero movimiento de cabeza, y le mandó sentar.

Él, con mucha calma y corrección, continuó: «Sí, condesa; deseaba esta entrevista, porque necesito pedir á usted un favor».

La condesa, que esperaba quizá una declaración amorosa en toda forma, quedó sorprendida al oír esto, y le preguntó con cierto despecho: «¿Y qué es ello?»

Entonces contestó el Barón con la misma calma: «Señora, quiero que me de usted ahora mismo la diadema que llevaba la noche de la recepción de la duquesa de Cipri».

La condesa, al oír estas palabras, quedó estupefacta y sin poder dar crédito á sus oídos; mas él continuó: «Espero que me la dé sin resistencia, no llame á los criados, porque tendría que hacer uso de este juguete.» La condesa vió con asombro que tenía un pequeño revólver en la mano, y muerta de miedo y sin poder articular palabra, se dirigió á un mueble de palo rosa, y sacando la joya que le pedía, la puso en las manos del aristocrático ladrón, el cual hizo un saludo lleno de cortesía, y salió de la estancia diciendo: «Condesa, espero que no contará usted á nadie esta aventura, que á nadie perjudicaría más que usted á misma...»

Al siguiente día recibió la condesa la tarjeta de despedida del barón que salía para Londres.

COQUILLE

Tarjetas postales

Á una gentil americana despidiéndola para largo viaje.

¡Adiós, tras esta frase dulce y tierna,
derramar una lágrima es forzoso,
que así como el encuentro fué dichoso,
pudiera ser la despedida eterna!

Felicitando á un amigo vencedor en el juego... de lotería.

Deidad es la Fortuna alegre y bella;
pues aún brinda caricias á tus años,
mi parabien recibe:
yo, aunque no me faltó, troné con ella,
y si ayer me halagaban sus engaños,
hoy... ni sé donde vive.

MANUEL DEL PALACIO

RECUERDOS DE LA NIÑEZ

«Not a man not a boy
but a hobelde hoy».
(Ni hombre, ni niño—
pero sí un zagalón.)

No hay que discutir, ahora que todo se discute, si estos recuerdos muy halagüenos para unos, para otros muy mortificantes, son más bien recuerdos de la vejez: etapa de la vida, en que acuden en tropel á nuestra imaginación con un séquito de impresiones, ya alegres ya tristes, escenas ocurridas décadas de años atrás que nos retrotaen á lugares que aun siendo los mismos en que los hechos acaecieran, han sufrido ya tales transformaciones, que aun el viejo (con perdón de mis compañeros sea escrito) dotado de mejor memoria, se ve negro para reconstituirlos cual estaban á la sazón. De modo que ó hay que renunciar á describirlos ó correr el riesgo de pasar por desmemoriado, si no por trapalón ó chiflado, que es lo mejor que le puede suceder á los que por su antigüedad no peinan canas, porque hasta el pelo tienen ya caído, y gracias á los tirantes no se les caen los pantalones.

Pues sí, señores... me ha tentado el espíritu malo, que aunque no lo parezca, nos tienta más á nosotros que á los muchachos, inspirándome la diabólica idea de codearme con ustedes; de que estos garrapatos figu-

ren antes que los sesudos escritos de los que por orden cronológico han de publicarse después; y, por último, de que me concedan un apretón de mano, tanto los conocidos como los que deseo conocer, de los respetables cofrades de GENTE VIEJA.

Lógico hubiera sido suprimir este embuchado ó dejarlo para lo último; pero entonces faltaría á la reunión engañándola, y mi única defensa está en ser verídico, ya que otra cosa no sea, y presentar cual es el individuo.

Hará unos cincuenta años, minuto más ó menos, era yo un zagalón que pertenecía á una pandilla de otros similares, que nos dedicábamos durante las mañanas á nuestras clases, por la tarde á jugar en la playa de San Lorenzo, dedicados á la construcción naval, con materiales tan ligeros que siempre naufragaban los buques, y los más intrépidos tripulantes tenían que coger la orilla á nado y volverse á sus domicilios respectivos para mudarse de ropa; y después de cenar, asistir á los deportes nocturnos por todas las callejuelas extraviadas de la villa. Uno de los más predilectos era la batida de gatos á pedrada limpia; y al efecto, tomábamos posiciones estratégicas, levantando la caza desde la entrada de la callejuela hasta el extremo opuesto. Esta diversión tenía quiebras, porque aunque puesta en práctica cuando los vecinos estaban en su primer sueño, se despertaban airados para hacer frente á los perturbadores de su descanso y perseguidores de sus niños, y nos contestaban arrojando trozos de leña, piedras de carbón, y ya en la retirada, alguno que otro balde de agua, no muy cristalina, en la que se conocía habían sido bautizados platos y calderos para ser reenganchados en el servicio.

Los domingos eran los grandes días. Ropa de día de fiesta, gratificación reglamentaria, que oscilaba entre un real y una peseta para los privilegiados por la fortuna, asistencia á los oficios en la iglesia parroquial y reunión general para acordar el programa de la tarde y noche, que tenía lugar invariablemente á la salida de la iglesia en el paseo de Jovellanos.

Allí dejábamos á nuestro mayores y á los principales personajes de la villa.

Paseaba con Elduayen, D. Manuel Rivero, D. Silverio, con el Sr. Cura y el Sr. de Rato, D. Anselmo con Eustoquio y con D. Víctor, y otros muchos señores no menos conocidos y apreciados, incluyendo al Conde, con Carrandi. Vuelta arriba y vuelta abajo, se encargaban de preparar sus estómagos para admitir la comida en buenas condiciones á la hora de retirada de costumbre.

En cuanto á nuestra partida, dividida en tres ó cuatro secciones para que siempre hubiese alguna que diere fe de existencia en el paseo, destacábase por el mercado inmediato, y operando en los frentes del fondo y laterales de la plaza para asegurar la retirada por el que daba al paseo, nos desplegábamos en guerrilla, y á esta quiero, á esta no quiero, desarrollábamos un ciclón de tirones contra los pañuelos que usaban las aldeanas por tocado, verdadero *clou* del traje del país, á los que teníamos declarada guerra.

También aquel *sport* tenía sus quiebras, y aún prescindiendo de algún gañafón de aquellas rústicas bellidades ó de tal que otro patatazo que solían darnos, como represalia por la ofensa, el tumulto y algarabía que promovíamos tenía por consecuencia la persecución desplegada por los municipales, que nos arrojaban de allí con amenazas de prendernos, y no consiguiéndolo se contentaban con increparnos y prometer la delación. *Ya los conozco, ya; yo se lo diré á sus padres, so pícaros folgones.*

Tampoco faltábamos en las romerías, fogueras y demás regocijos populares.

Bebíamos sidra, bailábamos la giralrilla y fumábamos, consumiendo no poco papel de estraza en masticaciones preventivas contra la delación pituitaria del que tropieza con uno que ha fumado, contra lo cual no hay negativa posible, y ese pícaro olor es un implacable acusón del que ningún fumador incipiente se ve libre.

¿Por esas diabluras cometidas son censurables los muchachos? Desde luego que no; yo sé que todos las

hemos hecho y que los que nos han ido relevando, tampoco han podido sustraerse á ellas.

Pocos vamos quedando ya de aquella partida, y los pocos que quedamos nos conservamos el mismo cariño que en aquellos fugaces días de ilusiones y esperanzas. Algunos han llegado por sus merecimientos á ocupar los primeros lugares de la política en la alta sociedad y en el mundo financiero. Me declaro á mi pesar el *Cenerentolo* de la partida, y aun me doy por muy pagado conservando esos afectos antiguos en cuya correspondencia cifro la mayor de mis satisfacciones.

Si á mano de alguno de vosotros llegasen estas líneas, tengo la seguridad de que ha de leerlas con verdadera emoción y agradecerme las haya escrito. Por ellas tendrán noticia de su antiguo *compinche*.

B. G. VERDUGO.

SOLILOQUIO

Antes, me miraba.

Ahora, me huye.

Antes, me atraían sus miradas, amorosas y dulces como besos.

Ahora, me rechazan sus ojos, duros y fríos como puñales.

¿Qué razón tenía Cervantes cuando decía:

«Pero, ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el obscuro pensamiento y la condición mudable de una mujer? Ninguno por cierto.»

¿Qué razón tenía Shakespeare, cuando afirmaba:

«—Poco dura, Señor.

—Como amor de mujer».

ÁNGEL AVILÉS.

NECROLOGÍA

Don José Arias Rodríguez

Hombre de una honradez á prueba de bomba, cargado de virtudes y de una caridad, hoy por desgracia de pocos tenida, ha pasado desde la tierra á recibir el premio en las moradas eternas, pues Dios no deja sin láuro á los que tan limpia y hermosamente viven en este mundo.

De corazón compasivo y de muy entero carácter para practicar las doctrinas del catolicismo, hasta en sus últimos instantes se le ha visto siempre puesto su pensamiento en Dios y en su hoy desconsolada familia.

No se ha señalado entre los que gobiernan las naciones ni entre los conquistadores de territorios, ni entre los que, matándose el corazón, se empeñan en sacar los secretos que Dios ha dejado á las inquisiciones de los sabios.

Pero cierto es que está muy sobre todos ellos, porque ha sido durante su vida una alma nobilísima, un corazón franco, liberal y sincero, y una mano salvadora del necesitado.

La familia ha perdido en el mundo terreno un esposo, un padre, un hermano, etc.; pero le ha ganado para el cielo. La muerte ha sido una de esas muertes envidiables que celebra la Iglesia.

Los amigos y favorecedores nos encontramos tan huérfanos como sus hijos.

En paz descansa, piadosamente pensando, pues dichosos los que mueren en el Señor. Llevan por salvaguardia el tesoro de sus meritorias obras.

Reciba la familia el sentimiento que á mí también me domina, por tan irreparable pérdida.

BERNARDINO MARTÍN MINGUEZ

Bibliografía

Nueva historia y monografías geográficas de las provincias de España.

Hemos recibido el cuaderno primero de esta interesantísima obra, en la que de un modo sencillo y originalísimo se desarrolla un completo estudio histórico geográfico de España, desde su fundación hasta nuestros días.

Recomendamos desde luego la adquisición de obra tan útil como necesaria, pues, además de las monografías que por orden alfabético de provincias lleva en forma de apéndice al final, aporta nuevos datos á la historia patria, dando á conocer el período de la Regencia, ó sea desde la muerte de D. Alfonso XII hasta la jura del actual monarca D. Alfonso XIII, período sin historia hasta ahora, y en el cual se condensan asuntos de tan vital interés

como la pérdida de la escuadra, el vencimiento del ejército español en Cuba y Filipinas, la ruina total del vasto imperio colonial que España poseía, la gravísima crisis económica que atravesamos y otros muchos sucesos dignos de ser conocidos y estudiados.

El cuaderno que á la vista tenemos es verdaderamente notable, tanto por lo escogido del texto cuanto por la originalidad y belleza de los excelentes mapas y grabados que presenta.

Del mérito del cuaderno referido pueden juzgar nuestros lectores por el examen del siguiente

SUMARIO

TEXTO: PORTADA.—ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.—EDAD ANTIGUA. CAPÍTULO PRIMERO: ESPAÑA PREHISTÓRICA. Breves notas prehistóricas. Vestigios de esta época. El primitivo español. Etimología de la voz España.—ILUSTRACIÓN GEOGRÁFICA DE ESTA ÉPOCA.—¿Cómo se formó la hoy península ibérica? Geografía hispánica. Sus períodos.—CAPÍTULO SEGUNDO: PRIMER PERÍODO. Razas primitivas que poblaron el suelo hispano. Los Vascos, Iberos, Celtas, Celtíberos. Posición respectiva que ocuparon sus diversas tribus. Usos y costumbres de estos pueblos. Su civilización y cultura.

GRABADOS: Cubierta. España antes de los romanos. Hispania, Hesperia, Iberia (Mapa).—Primer mapa geológico de España.—Primitivo habitante hispano.—Trilito.—Menhir.—Muela de Chert. Armas: punta de lanza y vasija encontradas en el interior del recinto.—Ibero.

La Nueva Historia se publica por cuadernos semanales de 16 páginas cada uno, siendo su precio el de 0,50 pesetas la edición de lujo, y 0,30 la corriente. Los pedidos pueden hacerse á A. Pérez Asensio, Pizarro, 16, bajos, Madrid, y en todas las librerías y centros de suscripción de España América y Portugal.

* *

La libertad.—El Rey.—Drama de familia.—Moisés, Jesús y Mahoma. Origen de las profesiones.

No cabe duda que la casa editorial Sempere es, por su actividad y la calidad de los libros que edita, una de las primeras de España.

Cinco libros ha dado á luz en el mes último, y los cinco son, por las ideas que encierran y el cuidado con que están editados, dignos de las mejores bibliotecas.

En «La Libertad» desarrolla Arturo Schopenhauer sus curiosas teorías acerca del libre albedrío y la libertad.

En «El Rey», de Bjoernson, ha tenido su autor frases felicísimas, sacando á la superficie las miserias del servilismo palaciego, miserias que comprende y detesta un rey que por rara casualidad alimenta en su cerebro ideas de progreso, y por esto siente aversión al oficio.

Jacinto O. Picón hace gala de su brillante estilo y castiza prosa en el volumen «Drama de familia», que es el título del primer cuento del libro.

El barón D'Holbac expone en «Moisés, Jesús y Mahoma» atinadas observaciones acerca de estos tres profetas, á quienes el autor califica de impostores, producto de un estudio detenido de la Biblia y de la religión mahometana.

El «Origen de las profesiones», de Herbert Spencer, es, como su título indica, un curioso estudio del progresivo desarrollo de las profesiones.

Estos cinco libros, cuyo mérito se comprende en cuanto se leen las primeras páginas, llevan en las tapas los retratos de sus autores respectivos, y se venden, como los demás libros de la Biblioteca Popular, á una peseta volumen.

Pagos de La Equitativa

The Equitable Life Assurance Society of the United States.

Pesos fuertes.

Esta Sociedad ha pagado por varios conceptos á sus Tenedores de pólizas, desde 1859, año de su fundación, hasta 31 de Diciembre de 1902, la suma de . . . 406.062.901

LA SUCURSAL ESPAÑOLA

Pesetas.

Los pagos hechos por ella en España desde 1882, fecha de su autorización, ascendían en 31 de Diciembre de 1902. 30.798.729,51

En los tres primeros trimestre del presente año ha pagado:

Pesetas.

Por Dotales y acumulaciones vencidas. . .	759.230,17
Por Dividendos anuales, Rentas vitalicias y demás conceptos.	242.826,68
Por defunciones.	1.909.524,71
TOTAL.	2.911.581,56

Madrid, 30 de Setiembre de 1903.—El Secretario F. Melado.—El Gerente, M. Rosillo.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE LOS TRABAJOS DE ESTA REVISTA, SIN CITAR SU PROCEDENCIA.

Ambrosio Pérez y Compañía, impresores. Pizarro, 16, Madrid.